

LEIBNIZ: TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA INTERDISCIPLINARIEDAD

Uno de los tópicos más repetidos en relación a Leibniz es que fue *el último sabio universal*, el último hombre que abarcó las principales ramas del saber y fue capaz de hacer contribuciones relevantes en todas ellas. Como ocurre con la mayor parte de los tópicos, hay mucho de verdad en esa afirmación, pero el modo en que se formula esconde más de lo que enseña. El motivo es que sugiere implícitamente, por una parte, que en la época de Leibniz todavía no era misión imposible la proeza enciclopédica de saberlo *todo* y, por otra parte, que Leibniz consiguió consumarla gracias al prodigioso cerebro con que fue dotado por la naturaleza y a la excelente educación que recibió. De nuevo hay que reconocer que algo de ello hay (aunque en lo tocante a educación Leibniz fue en buena medida un *autodidacta*, o al menos alguien que aprendió más de los libros que de los maestros). Sin embargo, el interés que pueda tener hoy recordar esta circunstancia se debe a dos hechos que suelen omitirse:

En primer lugar, que en el siglo XVII ya era bien difícil tener una visión de conjunto de los conocimientos humanos. Al menos desde el siglo XIII Europa había entrado en una fase de crecimiento en todos los órdenes, de modo que la generalización de la figura del *especialista* y la división fáctica de la cultura en algo bastante parecido a lo que hoy llamamos *ciencias y letras* eran fenómenos prácticamente consumados por aquel entonces. En todo el Barroco prácticamente no hay más que otro «sabio universal»: Descartes, y dudo que haya nadie comparable no ya *después*, sino incluso bastante tiempo *antes* de estos dos gigantes. Es posible en este sentido que no representen los últimos vástagos de una especie luego desaparecida, sino dos cumbres aisladas de una época muy especial que, como recuerda en su artículo Javier Aguado, se caracterizó por las ansias de infinito.

Comparando el desmesura epistémica de Descartes con la de Leibniz, la primera resulta más osada, pero la segunda quizá sea más admirable. No sólo porque Leibniz llega al mundo cincuenta años después, lo que le obliga a bregar con una masa de conocimientos mucho mayor, sino porque Descartes se desembaraza con su duda metódica de gran parte del lastre cognoscitivo (casi todos nuestros conocimientos son oscuros o confusos), mientras que su competidor germano no desaprovecha un solo indicio que pueda servir para ir levantando poco a poco el gran velo que cubre la verdad. Por otro lado, el francés pretende poseer una especie de *método universal* para encontrar y dirimir evidencias. Leibniz, por supuesto, también habla de y sueña con su *característica*, que vendría a ser con respecto a la ignorancia algo así como un elixir maravilloso, el remedio universal. Pero lo cierto es que, mientras claridad y distinción guiaron todo el peregrinaje cartesiano y fueron causas eficientes de sus hallazgos y también de sus errores, en el caso Leibniz el análisis y la combinatoria de los conceptos constituían fines antes que medios, esperanzas más que realidades efectivas: pudieron determinar la orientación general de su búsqueda, pero no fueron fuentes direc-

tas de soluciones felices o desgraciadas.

Si ello es así, cobra nuevo interés la pregunta: ¿cómo entonces pudo Leibniz llegar a ser *el último sabio universal*? La estirpe de sabios universales estaba en realidad muerta bastante tiempo antes, al menos, la de los sabios universales que se insertaban en una escuela de pensamiento, o bien pretendían crearla a partir de cero. Leibniz pertenece a una especie diferente, de la que por ahora es primer y postrero exponente, aunque está por ver si realmente la agotó. En su caso la integración de saberes se basaba en el diálogo interdisciplinar y seguía un camino erizado de dificultades, pero de cuya fecundidad no es posible dudar. En homenaje a este aspecto de su personalidad hemos preparado el presente volumen, indagando cómo se anudan lazos orgánicos en su pensamiento hasta constituir un edificio teórico en el que cada parte se encuentra íntimamente conectada con todas las demás.

Leibniz, en efecto, consiguió dar los primeros pasos para constituir lo que podría denominarse *paradigma holográfico del conocimiento*. ¿Cuáles serían las señas de identidad de este nuevo modelo? Leibniz no las definió y su seguidor Christian Wolff en realidad echó a perder todo por quererlas sistematizar demasiado pronto. Lo más indicado es acercarse a la *praxis* epistémica leibniziana, para comprobar que en ella cada disciplina refleja y reproduce la totalidad del conocimiento posible. Las mismas estructuras formales reaparecen una y otra vez en los más diversos ámbitos; la unidad sistemática del universo entra en interacción dialéctica con la autonomía de las partes; no hay indicio que sea lo bastante incierto para ser desechado, ni principio demasiado abstracto para que no merezca ser tenido en cuenta. Por eso ha supuesto y sigue suponiendo un desafío, de manera que el leibnizianismo no ha llegado nunca a convertirse en una escuela y mucho menos en una escolástica (ese ha sido en todo caso el destino del leibno-wolffianismo). Cabe reconocerlo más bien como un estilo, una actitud, un modo de afrontar problemas y espigar soluciones, sin arredrarse ante obstáculos a todas luces insuperables, ni confundir optimismo con ingenuidad, o audacia con falta de rigor crítico.

No se efectuó la convocatoria de la que este libro levanta acta distribuyendo de modo sistemático y exhaustivo los diversos aspectos de la indagación leibniziana. Se invitó a un puñado de estudiosos de su obra, así como a un grupo de integrantes de la Fundación Orotava de Historia de la Ciencia que de tiempo atrás investigan la evolución en la modernidad del problema del conocimiento. Esta diversidad de puntos de vista casa bien con Leibniz, cuyo polifacetismo más que tolerar requiere que se adopten puntos de vista contrastantes para reproducir la riqueza que le caracteriza.

Las contribuciones han sido dispuestas por orden alfabético de autores. Por una afortunada circunstancia la primera de ellas, «*¿Por qué, según Leibniz, vivimos en el mejor de los mundos posibles?*», de Javier Aguado Rebollo, adopta la perspectiva más amplia de todas. El *optimismo metafísico* es tal vez el menos comprendido y más denostado de los elementos que forman la filosofía leibniziana. De Voltaire para acá todos los que carecieron de paciencia para desmenuzar la trama de su pensamiento se atrevieron a condenar a o caricaturizar un empeño que cristaliza en tesis tan chocantemente paradójicas como ésta. Sin pretender convertirse en su abogado defensor, Aguado sabe poner ante los ojos la estructura interna de esta

teoría, para que el lector compruebe en directo cómo se simbiotizan las tesis que contiene: principio general de orden, razón suficiente, ley de continuidad, identidad de los indiscernibles, armonía preestablecida, mónada, idealidad de espacio y tiempo, infinito actual, determinismo holista, panpsiquismo... Restablecida la trama de relaciones que las entrelazan, desaparece el aura de inverosimilitud que las nimba cuando se consideran por separado: la de Leibniz es una propuesta global que debe ser aceptada o rechazada como un todo. Cualquier recorte o desmenuzamiento supone algo todavía peor que su ruina: equivale a volverla completamente gratuita.

Comprenderá fácilmente el lector que me abstenga de glosar mi propia contribución. Si necesitara ahora argumentos suplementarios para apoyar lo que defiendo no haría más que certificar la insuficiencia de los argumentos empleados.

El trabajo de Ángeles Macarrón, *Madame du Châtelet, leibniziana malgré Voltaire*, aporta evidencia histórica para calibrar el alcance y significado del influjo leibniziano sobre la evolución ulterior del pensamiento. En el siglo de los filósofos la docta marquesa fue una de las pocas figuras que nunca se dejó seducir por el espíritu de partido, que estuvo atenta a todas las voces y que supo esbozar una propuesta integradora más que ecléctica, en la que lo empírico y lo especulativo veían reconocidos sus fueros y formaban una enriquecedora simbiosis. Como resume la autora:

«...para Mme du Châtelet, Leibniz era un eminente filósofo de la naturaleza, con méritos como el de haber descubierto las fuerzas vivas o haber revisado críticamente el sistema de Descartes sin por ello rechazarlo en su totalidad o no haber abrazado acríticamente el sistema de Newton, cuyas lagunas puso de manifiesto, y, a la vez, un habilidoso matemático, que, aun aspirando a encontrar la misma claridad del espíritu geométrico en la realidad —espíritu descubierto por Emilie desde niña y que siempre la había seducido—, nunca confundió los dos ámbitos y fue consciente de las limitaciones de la matemática para comprender el mundo natural».

Y es que, tras la muerte de Newton, muchos confundieron el rigor con la pretensión de obtener una fundamentación apriórica para una ciencia cuyas bases epistémicas resultaban dudosas si se examinaban desde un hipercriticismo como el de Hume. Leibniz había enseñado en cambio que el verdadero espíritu crítico consiste en valorar la verosimilitud de cada dato y la fuerza de cada argumento, aprovechando todos ellos sin desdeñar los que no alcancen determinado nivel. Es lástima que la opción mayoritaria se decantara con Kant por la primera opción, y no por la segunda, como propusieron Maupertuis y la Marquesa de Châtelet.

El profesor Montesinos Sirera aporta en su ponencia —*Fluxiones, infinitesimales y fuerzas vivas. Un panorama leibniziano*— una perspectiva simétrica y complementaria a la del profesor Aguado: si éste acompaña a Leibniz en el viaje que desciende de las alturas metafísicas a los predios que están al alcance de la experiencia o la imaginación, Montesinos efectúa de algún modo el camino inverso: de la matemática a la metafísica, de los descubrimientos e invenciones que le llevaron a un nuevo cálculo a los misterios y paradojas que plantean las entidades que lo pueblan. Es alta-

mente revelador el análisis que efectúa del pulso teórico entablado entre Leibniz y su discípulo Johann Bernoulli, apoyándose en el enorme trabajo que al respecto ha efectuado Bernardino Orio. El alemán y el suizo debatieron, a propósito de la noción de *infinitésimo*, cuestiones que se encuentran en la frontera del conocimiento matemático y que a partir de la segunda mitad del siglo XIX darían lugar a las más cruciales investigaciones de fundamentación, las cuales están aún lejos de haber llegado a conclusiones aceptadas por todos. Una vez más comprobamos cómo Leibniz y sus interlocutores se situaban en la frontera del conocimiento, no sólo de su propia época, sino del más remoto porvenir.

No acaba aquí, sin embargo, la indagación de José L. Montesinos. Su análisis de la dinámica leibniziana permite apreciar que en el pensamiento del sabio sajón física, matemáticas y metafísica formaban los vértices de un triángulo epistémico lleno de dinamismo, lo que explica la fascinación que ejerció sobre sus adversarios, tanto como sobre allegados y partidarios.

La inteligencia de la dimensión interdisciplinar de Leibniz quedaría incompleta sin una adecuada contextualización histórico-cultural de su pensamiento. Bernardino Orio de Miguel, uno de los más reconocidos especialistas en la materia, lo hace a través de su escrito *Leibniz y la tradición hermética*. Siendo raíz y clave del origen de la ciencia moderna, Leibniz representa también una de sus *líneas perdidas*: defendió alternativas que luego nadie pudo o quiso aprovechar a fondo. El nuevo paradigma acabó atendiendo a lo general en perjuicio de lo particular, promovió lo analítico y se olvidó de lo sintético. Leibniz reivindicaba en cambio una ciencia de lo singular, rechazaba que aquellas aparentes dicotomías fueran irreductibles, de manera que, siendo abanderado y promotor destacado de la racionalidad moderna, no descuidó la otra gran tradición del pensamiento occidental —la hermética—, que inspiró a todos cuantos permanecieron fieles al punto de vista holístico. Esta faceta de Leibniz es quizá la que constituye la mayor dificultad hermenéutica de su filosofía. Orio consigue resumirla con eficacia y claridad, advirtiendo de los riesgos que acarrea su olvido:

«...los ejes arquitectónicos utilizados por Leibniz, la *expresión* como estructura del ser, la *analogía* como estructura del pensar sobre el ser, la *continuidad* como mecanismo de aproximación asintótica al ser, integrados bajo el *principio hermético*, esto es, no mecanicista, de la unidad orgánica y holística del mundo, deben formar parte intrínseca de su argumentación, de su experimentación, de su matemática, de su mecánica, de sus ecuaciones de movimiento. No hacerlo así, dejarlos pasar o evocarlos simplemente como si fueran “*pensées périmées*”, como tantas veces se hace, sería, en mi opinión, no hacer justicia al pensamiento científico de Leibniz».

Jesús Paradinas Fuentes aporta con su estudio *Leibniz y la religión* otro elemento indispensable para valorar el alcance de la interdisciplinariedad en este autor. En casi todos sus escritos y en la actividad que despliega durante decenios aparece un interés constante por la religión y sus repercusiones de todo orden en la vida de los hombres. Esta presencia ha merecido las más contrapuestas valoraciones. Paradinas pasa revista a la evidencia disponible y consigue superar las imágenes unilaterales:

«Hay dos interpretaciones del pensamiento de Leibniz, sobre todo en lo que se refiere a su búsqueda de la unidad religiosa, propuestas, entre otros, por L. Lévy-Brühl y J. Baruzi, que defienden, respectivamente, la intención fundamentalmente política y la intención predominantemente religiosa de dicho pensamiento. Pensamos, sin embargo, que no se trata de propósitos contrapuestos sino complementarios, que están al servicio de un objetivo superior: la búsqueda de la unificación completa de la humanidad.»

Leibniz, en efecto, aplica el principio de que el hombre no es para el sábado, sino el sábado para el hombre. Al mismo tiempo pretende dar a Dios lo que es de Dios, y de ahí su reivindicación de la causa de la bondad divina frente a la injusticia y el mal. Realiza denodados esfuerzos para pacificar los espíritus y trata de poner la religiosidad al servicio de la promoción de la justicia y el progreso. Ello demuestra que no atendía exclusivamente a los aspectos teóricos de la unificación del saber, sino que intentaba igualmente promover la unidad de acción con una clarividencia en muchos aspectos profética.

Si los trabajos que acabo de mencionar despliegan una panorámica de lo que podría llamarse *interdisciplinariedad de largo radio de acción*, «*Fuerzas, tendencias, entelequias: vida y finalidad inmanente según Leibniz*», de Antonio Pérez Quintana, nos ofrece la oportunidad de presenciar cómo funciona en Leibniz la interdisciplinariedad a *corta distancia*. La biología toma de —y presta a— una ciencia hermana, la física, elementos clave de su estructura teórica, y el tándem formado por ambas mantiene un diálogo ininterrumpido con la metafísica y la ética, mostrando la importancia de los lazos que unen cada disciplina con las que la rodean. Al mismo tiempo, los conceptos centrales de la biología leibniziana nacen de un diálogo a veces tenso pero siempre constructivo con autores y tradiciones de todas las épocas, y muy especialmente con los del más próximo entorno: Descartes y Spinoza. Perfecto conocedor de la crítica (en particular, la francesa), Pérez Quintana dibuja el mapa genealógico de la biología leibniziana, mostrando cómo supera sin negarlas las contraposiciones que la circundan: mecanicismo frente a vitalismo, eficientismo frente a teleología y, finalmente, naturaleza frente a libertad.

También incide en la problemática interdisciplinar de las ciencias de la vida la aportación de Alberto Relancio Menéndez: «*La influencia de la biología en la monadología de Leibniz*». Ampliamente documentada en lo que se refiere a la evolución de las bases teóricas y empíricas de la naciente biología moderna, analiza con esmero todos y cada uno de los factores que se fueron sumando en el espíritu de Leibniz hasta desembocar en sus sorprendentes propuestas. De lo más próximo y concreto a lo más elevado y abstracto, la continuidad que presidió la maduración de su pensamiento permitió crear la ontología más sofisticada que ha conocido el pensamiento moderno:

«Hay, pues, toda una escala en Leibniz: la escala de la realidad y de la sustancialidad, que va desde las mónadas simples, los individuos a veces considerados como sustancias compuestas, los cuerpos orgánicos, los cuerpos inorgánicos, y todo tipo de agregados que son conjuntos de

cuerpos más o menos estructurados, y que pueden ser naturales o artificiales. Son lo que éste llama cosas concretas, y donde en ocasiones ensaya toda una escala de sustancialidad: sustancias simples, sustancias compuestas, sustanciados, semisustancias, agregados *insustanciales*.»

Otro feliz acaso ha determinado que la ponencia que cierra el volumen sea «*La difusión de los conocimientos en la república de las letras*», de Concha Roldán, presidenta de la Sociedad Española Leibniz. Aquí se abordan los presupuestos y corolarios de los proyectos epistémicos leibnizianos, tanto en lo social como en lo político y cultural. Nunca en la historia de Europa se planteó con más fuerza e ilusión un modelo de vida humana basado en la paz, concordia, racionalidad y progreso. La integración de las culturas y la promoción del saber, de tal manera que nada ni nadie pudiera sentirse excluido, constituían los ejes cardinales de este proyecto, que la profesora Roldán resume así:

«La propuesta leibniziana consiste en un diálogo de credos y culturas para construir un saber enciclopédico (teoría) y con ello contribuir a mejorar las condiciones de vida de la humanidad (práctica), tanto en su vertiente material como espiritual.»

Tanto las iniciativas de diálogo ecumenista tomadas por Leibniz para propiciar la unificación de las creencias, como su frenética actividad diplomática orientada a la solución negociada de los conflictos, miraban siempre a la obtención de un planeta más justo y más en paz. Sólo cuando la obstinada resistencia opuesta por la realidad le convencieron de la práctica imposibilidad de obtener tales logros a corto o medio plazo, se volvió hacia el mundo de los eruditos, hacia esa «república de las letras», en la que hasta el final cifró sus esperanzas de una humanidad más sabia, más rica, más buena.

* * *

Juan Arana
Universidad de Sevilla